

ha casado con ella por su hermosura, pues no tiene un cuarto. Él es inmensamente rico, pero en cambio goza de poca salud; ha tenido una juventud muy borrascosa; pero esto no nos importa; y además, puede ser que no sea verdad lo que cuentan. Vaya usted á almorzar, hija mía.

La joven se alejó rápidamente.

El señor Perrolet le siguió con la vista mientras ella subía las escaleras que conducen al último piso donde están los comedores.

—Tenía razón ese señor de Rochebonne al mirarla — pensaba. — Es mucho más guapa que la duquesa, que tiene en toda Europa fama de ello.

Para Perrolet, todas las reputaciones tenían que ser europeas. La del Bazar de San Germán era universal.

—Germana es más guapa porque es rubia. ¡Y pensar que esa chiquilla se resigna á ser toda la vida una vendedora en una tienda de novedades, mientras que otras, feas hasta asustar, tienen hoteles, alhajas, caballos, coches y llevan una vida alegre y divertida! Se condena á madrugar, á acostarse tarde, á trabajar continuamente, cuando no faltarían duques como ése, ó rentistas, que estarían dispuestos á colocarla en el sitio que la corresponde y á asegurarla un buen porvenir. ¡Nunca se queja! ¡Siempre dispuesta para todo, siempre de buen humor!

Las reflexiones del patrón de Germana fueron interrumpidas por una campanada.

Era la llamada para la comida de los jefes; se dirigió muy despacio hacia el confortable comedor, donde el sanhedrín de los notables podía hablar de los negocios entre plato y plato.

En el momento en que llegaba al umbral, lo

invadió una bandada de jóvenes que iban en sentido contrario.

Un muchacho alto, el que hemos visto en las Tullerías, pasó al lado del señor Perrolet y le tropezó involuntariamente. Por primera vez, desde que había entrado en la casa, el patrón tuvo un movimiento de mal humor, que procedía de causa distinta del servicio ó de los modales de los empleados.

—¡Tenga usted cuidado! — dijo con dureza. Pero el cajero estaba ya lejos.

VI

UN HOGAR REGIO

RECLINADOS en la victoria que los conducía, volvían á su hotel los duques, por el camino de los colegiales, con objeto de prolongar el paseo: la duquesa, mirando á los ojos á su marido, le interpeló diciendo:

—Fernando, has mirado mucho á la muchacha que me enseñaba los sombreros.

—No lo niego.

—Por lo menos, eres franco.

—¿Por qué no serlo? Es una muchacha de lo más perfecto que he visto en su tipo.

—Según tu opinión.

—Completamente sincera.

—Pues si tanto te gustan las rubias, ¿por qué te has casado conmigo?

—Porque te prefería á todas las mujeres del mundo, Giuseppina.

—Sí, al principio; pero ese cariño se ha extinguido; eres veleidoso, y el menor viento te hace girar como á las veletas.

—Eso es una calumnia, lo sabes perfectamente.

—¿Entonces sigues queriéndome siempre, Fernando?

—¡Bonita pregunta! Más que nunca; pero eres tan impetuosa, que es preciso decírtelo á todas horas; ya sabes que detesto las demostraciones excesivas. Tengo horror á todo lo que sea agitación, que emocione y que turbe la vida; me he casado, Giuseppa, lo primero por amor. Eres tan extraordinariamente hermosa, que no hay medio de no estar enamorado de ti; pero me he casado para vivir tranquilo; si el casamiento no es un puerto, un refugio contra las tormentas, ¿de qué sirve?, dímelo; desde que me has hecho el honor de creer en mis protestas de cariño y de aceptar...—¿cómo se dice eso?—mi mano, mi dicha es tan grande, que no me queda nada que desear.

La duquesa le miró cariñosamente y le dijo:

—Te quiero tanto, Fernando, que si me engañases...

—¿Qué harías, Giuseppina?

—Me vengaría.

—Ya sé que eso es propio de tu país. ¡Vengarse! ¡qué idea tan original!: ¿y por qué te vengarías?

—Por vengarme, ¿no lo comprendes?

—En absoluto.

—¡Oh, estos corazones de hielo!

—¿Cómo te vengarías, Giuseppina?

—Confiesa que esa muchacha—dijo la duquesa—te ha impresionado, y que piensas en ella.

El duque se encogió de hombros.

—¡Es lo bastante guapa para despertar los celos de cualquiera mujer!—añadió la duquesa.—Ni en nuestro mundo conozco una rubia que la iguale. ¡Es cosa de preguntarse dónde ha adquirido esa muchacha ese aire tan distinguido! Esto prueba hasta qué punto nos engañamos.

—¡Siempre con tus ideas negras! ¡Eres ridícula, Giuseppina! ¿Quién piensa en engañarte?

Los caballos se pararon delante de la verja del hotel de Rochebonne, uno de los más hermosos del barrio y de París.

Fernando dió la mano á la duquesa, y se apearon.

El duque estaba casado hacía cinco años; pero su anhelo, que era tener sucesión, no lo había visto logrado.

La casa Rochebonne es una de las más antiguas de Francia. Un Rochebonne peleó al lado de Felipe Augusto en la batalla de Bouvines, y el heredero de tantos caballeros y paladines se angustiaba al ver que en él se extinguía su apellido. A Guiseppina no le había concedido el cielo la hermosa cualidad de ser madre, y había quien pensaba, no sin razón, que el duque ó sus abuelos del siglo XVIII, ó mejor, el uno como los otros, habían pensado de sobra en lo terreno, y que la raza de los Rochebannes se extinguiría pronto.

El célebre doctor Guerin, miembro del Instituto y médico de la familia, había explicado varias teorías sobre este punto, verdaderamente tristes.

El último heredero de esta línea, que, según las



— Confiesa que esa muchacha — dijo la duquesa —
te ha impresionado...

crónicas, se remonta á Simeón Rochebonne, escudero de Luis VII, había sido de sobra concupiscente, y su naturaleza, al fin, se había debilitado y su sangre se había empobrecido.

Un día encontró en los salones del gran mundo á Giuseppina Trani, descendiente de los Doria de Génova y de los Albani de Milán.

La hermosa Giuseppina era la estrella de la colonia italiana; la citaban como una maravilla, y tenían razón.

Todos alababan su hermosura.

Se presentaban muchos pretendientes, pero ningún marido.

Era pobre, pobre como Job; las ruinas de un palacio hundido en Milán era cuanto le quedaba, juntamente con una hermanita de trece años, verdadero retrato suyo, pero en rubio, y linda como un amorcillo. Las protegía una tía que vivía mezquinamente, en un cuarto de mil quinientos francos, en un piso cuarto de la calle de Ponthieu.

Esta pobreza llamó la atención de Rochebonne, á quien, á pesar de sus defectos, le quedaba la caballería de sus antepasados.

La sola esperanza de la tía de las jóvenes Trani consistía en encontrar un hombre bastante desinteresado que quisiera casarse con Giuseppina sin dote.

Cuando comprendió la pasión que su sobrina inspiraba á Rochebonne, se creyó salvada.

Era una suerte inesperada, inmensa.

En aquella familia, acostumbrada al fausto y á la vida llena de grandezas, propias del medio en que habían vivido desde su nacimiento, las pretensiones de Rochebonne, que pidió solemnemente la mano de Giuseppina, fueron acogidas con

extraordinario gusto. No sólo se trataba de un casamiento igual por la alcurnia, sino también el retorno á un mundo que habían tenido que abandonar por penuria absoluta.

Al cabo de seis semanas el duque la conocía á fondo.

Giuseppina, la hermosa Giuseppina, era altiva, caprichosa, celosa, fantástica y pródiga. No poseía ni una sombra de orden, y abrigaba un incesante deseo de placeres.

Sin embargo, tenía dos virtudes: su hermosura atractiva, real, indiscutible, y un amor violento, enérgico, apasionado, casi salvaje, cuyo único objeto parecía hasta entonces ser su marido.

Rochebonne procuraba calmarla con razonamientos; pero esto no era más que un paliativo, al que no se sometía sin protestar.

El duque tomó el partido de hacerse filósofo.

Asistía á las escenas que le hacía su mujer, como un espectador que toma asiento en las butacas de orquesta; aplaudía en las escenas buenas; hacía sus críticas cuando Giuseppina no tenía razón.

Las hostilidades se limitaban á ligeras escaramuzas, gracias á la reserva del marido, á su paciencia, á su extremada educación, y también, hay que decirlo, gracias á la hermosura tan deslumbradora de la italiana, que hacía que las causas de las discordias se deshiciesen como en el fuego se derrite la cera; Fernando cedía entonces, porque sentía que se despertaba el grande amor que por ella sentía.

En este estado estaban las cosas, cuando fueron á visitar los almacenes de M. Bouret.

Les sirvieron el almuerzo en el espléndido co-

medor del hotel, una suntuosa y vasta pieza, artesonada, con una altura de techo como la de los refectorios conventuales de la Edad Media, y cuyas tallas habían costado al artista que lo ornamentara una vida de trabajo.

Desde las repisas de los artesones colgaban grandes tapices, representando escenas de la historia de los Rochebannes. Oelet de Rochebonne, llevando el oriflama al lado de San Luis, sobre el puente de Taillebourg, y Santiago de Rochebonne, armado caballero por Luis XI en el castillo de Plessis.

Esta sala se abría sobre una galería de hierro que bajaba al jardín.

La mesa de los duques quedaba como perdida en esta pieza, donde podían comer cómodamente cien convidados.

Una araña, admirable, de bronce, artísticamente trabajada, bajaba del centro del techo, que estaba dividido en casetones sembrados de flores de lis sobre fondo azul.

En los aparadores y trincheros se veían porcelanas, de Saxe y de Sèvres, y mezcladas la magnífica cristalería con los servicios de plata antigua y vermeil, de brillantes reflejos.

En la comedia de Meilhac y de Halevy, representada en el Palais-Royal, y titulada *La Pelota*, hay una escena graciosísima, la del almuerzo.

El duque y la italiana la representaban casi todos los días, con ligeras variaciones, debidas á la imaginación de los actores.

Al sentarse en ese día á la mesa, Fernando, que adoptara rápidamente su plan, entusiasmado por la hermosura de Germana, que le ofrecía un motivo de distracción, no se olvidó de su papel.

Empezó por extender un periódico entre él y la altiva Giuseppina.

La *Unión*, la pobre y vieja *Unión*, fué el primero que le vino á la mano, y el motivo de discordia.

—¿Te vas á enterrar detrás de ese biombo, querido?—preguntó la duquesa con tono agri-dulce.

—¿Por qué no? Hemos recorrido tiendas toda la mañana. ¿No quieres que me ponga al corriente de lo que sucede en mi país?

—Encantadora historia; hablemos.

—En ese particular te haré las concesiones que quieras.

—Entonces será la primera vez.

—¿La primera vez? Eres injusta; mi vida ¿no es toda ella una concesión perpetua? ¿tienes algún deseo que no me apresure á satisfacer?: me has llevado toda la mañana de tiendas; ¿quieres que volvamos esta tarde? Estoy dispuesto.

—Ya comprendo el motivo.

—¡Ah!

—No te desagradaría volver á ver...

—¿Á quién?

—Á tu sombrerera.

—Te ha llegado al corazón.

—Mucho menos que á ti, amigo mío.

—Puede que tengas razón.

—Debes convenir conmigo en que la has encontrado agradable.

—Lo confieso.

—¡Ya lo ves!

—¿No ha hecho el Creador las caras bonitas para recreo de los ojos? Me conformo con estas vistas; pero si prefieres una conferencia en la Sor-

bonne, sobre las lenguas sagradas del Indostán, ¡dímelo!

—¡Te burlas!

La conversación se suspendió un momento. Los nobles hambrientos estaban *vis à vis* con unos huevos pasados por agua.

Se puede nacer duque ó príncipe, haber tenido abuelos en la segunda Cruzada, y contar entre sus ascendientes escuderos de Luis de Hutin, pero no se puede vivir sólo con trufas y faisanes; es preciso divertirse.

Aquel silencio era muy del gusto de Fernando; Germana seguía la expresión de sus quejas. Estaba encantado de poder pensar con tranquilidad en el pelo rubio de la sombrerera; su capricho aumentaba por minutos; el cutis satinado, la perfección de las facciones de Germana, sus grandes ojos azules, tan dulces cuanto los de Giuseppina le parecían hornos encendidos, producían en él á cada momento mayor emoción.

—¿Será posible que sea yo capaz de enamorarme?—se preguntaba.

Puso de nuevo la antigua gaceta entre él y la duquesa, como una barrera.

Parecía entregado completamente al profundo estudio de la política contemporánea; pero, en realidad, era su meditación retrospectiva la que le ensimismaba, y también una galantina que estaba delicadamente hecha.

—¡Pensar que una criatura tan adorable está vendiendo sombreros á marquesas como algunas que yo conozco!—decía.—¡Lo que es la suerte!

Sintió grandes ganas de arreglar los caprichos del destino.

Al cabo de un momento echó una mirada por encima del improvisado biombo.

—Giuseppina—dijo con amabilidad.

—¿Has terminado ya de leer?—contestó ella.

—Sí, habladurías sin importancia; nada de nuevo.

—Entonces, hazme el favor de quitar ese estorbo.

Rochebonne tiró al suelo su muralla de papel para complacer á su esposa.

—Me parece que hace mucho tiempo que no hemos visto á Pradine.

—¿El príncipe?

—Sí, el príncipe; no hay dos Nicolás Pradine.

¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años.

—Es un ser encantador, gran señor en toda la extensión de la palabra. ¡El verdadero tipo de un hombre galante! Si hubiese sido mujer, hubiese hecho toda clase de locuras.

—¿Te gusta?

—Es el único gentilhombre de esta época; ese ruso me hace decir: he aquí un hombre que tiene lo que nos falta á nosotros, á los nerviosos, á los raquíticos, á los reblandecidos.

—¿El qué?

—La juventud de una raza, el vigor de la sangre. Y cambiaron de conversación.

—Vas á poner en práctica tus proyectos de viaje, querida Giuseppina?

—¿Adónde?

—A Milán, al lado de tu augusta tía.

—No lo sé.

—Según parece, la restauración de tu palacio está casi terminada.

—Gracias á ti, Fernando.

—Mi apoderado grita un poco.

—¿Por qué?

—Por las cuentas; hacen bien las cosas; una verdadera restauración; aquí entre nosotros, su estado era peligroso, pues no había más que ruinas en aquel palacio; ya era tiempo de que acudiésemos en su socorro.

—¿Me reprocharías esta generosidad?

—¡Qué cosas tienes! Soy muy feliz en poderle ser agradable á la buena tía Estefanía; pero deberías ir á verla para darte cuenta del estado de los trabajos.

—¿Me acompañarás, Fernando?

—¿Allí?, no. ¡Mi salud está tan delicada!

—Hacer ese viaje sola...

—Que te acompañe Pradine. ¡Sería tan feliz! Además, es tu *cavalier-servant*; nos tiene algo olvidados desde hace algún tiempo.

—Amigo mío, renuncio á mi viaje; puedes estar seguro de que no iré á Italia en esta temporada.

Y después de callar breves momentos, añadió, dirigiéndose á su marido:

—Esperaré al otoño; entonces podrás venir conmigo; no tendrás por qué temer á ese polvo fatigante de las «estepas» de la Provenza, como tú dices. Ahora no quiero dejarte.

—¡Cariñosa resolución!

—¡Y después de lo que he visto hace poco! ¡Ah, no creas que se me engaña tan fácilmente!

—Ten cuidado, querida niña—dijo el duque tratando de contenerla;—vas á decir enormidades, según tu costumbre.

Pero Giuseppina se enfadaba, y cuando empezaba iba hasta al fin.

—Sí—dijo ella,—te he comprendido con tus actitudes sentimentales; querías trastornar la cabeza á esa muchacha. ¡Debes de haberle producido efecto! ¡Todo un duque de Rochebonne que se entusiasma y mira embobado á una tendera! Ha debido sentir vértigos, á menos que no se burle de ti, que todo es posible; francamente, ¿qué crees?, ¡seductor! ¡Si yo lo supiera! ¡Una señorita de tienda! ¿Qué pensarías de mí si en virtud de la ley del Tali6n te pagase con la misma moneda y te engañase con un compa6ero de esa linda muchacha?

—¡Permíteme!, es que... hay una diferencia, *carissima*.

—No la hay. Pero tranquilízate; no tienes nada que temer por ese lado.

—¿Y por los otros, Giuseppina?

—No confíes tanto en 6sos.

Los esposos estaban solos; no había sobre la mesa más que un azucarero de vermeil y la cafetera, dos alhajas Luis XVI, y las tazas de Saxe, de las que salía un aroma exquisito.

—¿Crees que puedo obtener todavía triunfos de esa especie?

—¿Por qué no?

—Estoy en ruinas, como tu palacio de Milán.

—¡Pues yo te he querido, Fernando!

—No me conocías—dijo con finura.

—Es verdad; desde ciertos puntos de vista, algunas ilusiones se pierden; hablem6s de la muchacha de antes, por ejemplo; es guapa, debe de estar orgullosa. Vegetar en una tienda, por muy brillante que sea, recibir observaciones mortificantes á veces, obedecer, volver por la noche á una casa pobre, rendida, con la preocupaci6n de

que tiene que empezar de nuevo todos los días, en el mismo sitio, no es una vida agradable, hay que desengañarse. Eres noble, eres muy distinguido, Fernando; esto no es todo, pero ya es algo. Un admirador como tú, galante, amable, que vaya á depositar sus homenajes á los pies de esa muchacha bonita, con palabras halagüeñas, como las tuyas, Fernando, con tu apellido, ¿cómo no ha de sentirse orgullosa al ver que la solicitas? Se precipitará á capitular, con ciertas condiciones que dependerán de su talento; rigurosas, si es astuta; fáciles, si, como pienso, es más apasionada que interesada, y coloca el amor por encima del interés.

—Estimas poco á las mujeres—dijo Rochebonne.

—¿Y tú?

—Eso depende de ellas.

—¿Saldremos esta tarde?—preguntó ella cambiando de conversaci6n.

—Si quieres. Tú lo dirás.

—A las cinco, entonces. Hasta esa hora descansaba, hermoso anémico.

—¡Anémico!—dijo el duque.—¡Es mucha verdad!

—Entendámonos—dijo ella levantándose.—Transijo con las carreras, los círculos, las apuestas, el juego, pero nada más, ó ten cuidado. ¡Me vengaré!

—Es la tercera vez que lo dices.

—¡Lo repito!

—¡Eres una verdadera italiana, pequeña Borgia!

Ella le amenazó con el dedo y desapareció.

Fernando pasó á la galería, encendió un ciga-

rro y extendiéndose sobre un sofá de mimbre, que le servía de cama, contempló durante un instante el hermoso jardín que poseía en el corazón de París, lleno de sombra y de misterio, pues los ruidos de fuera llegaban muy dulcificados por la distancia, como el sonido de la música de un baile oído desde la calle.

Fijó sus ojos lánguidamente sobre las flores del parterre, y poco á poco dejó caer el cigarro de entre las manos y se quedó medio dormido.

Entre una especie de niebla vió flotar la imagen borrosa de Germana, igual á la Margarita del *Fausto*, llena de esa coquetería y gracia espiritual y fina propia de las parisienses.

Colocó las manos sobre los ojos, y sin embargo la seguía viendo, cual si su imagen tuviese el don de atravesar las más espesas tinieblas con las claridades que de ella emanaban.

Oía una voz misteriosa que le murmuraba estas palabras:

«Encontrar una mujer buena, cariñosa y fiel, ¿no es ésa la felicidad? Tu existencia está vacía como el cráneo de un bufón enterrado bajo la tierra hace cien años; tu corazón es árido como la arena del Sahara; tus ojos están cansados del torbellino en que vives, sin que se fijen en ninguna parte; tu italiana no sabrá comprenderte nunca; vuestras caricias son mentiras; vuestras palabras, supercherías; necesitas un sostén para tu debilidad, una brújula para guiarte, una confidente para tu alma, una fidelidad para tu hogar. ¿Qué es la vida, sin una afeción verdadera, sino un fuego donde uno se consume, una noche en que uno se pierde, un infierno donde se sufre?»
Y la cara de Germana se le aparecía de nuevo,

huyendo en el espacio con su angélica sonrisa.

—Esta visión tiene razón—pensó.—De ella depende la felicidad de otro. Yo no tengo derecho de pensar en ello.

Salió de su ensimismamiento, encendió de nuevo un cigarro y volvió á la realidad de su existencia mundana.

—¡La felicidad! Una palabra hueca y vacía. ¿Quién será el que la conozca de cuantos componen la sociedad en que se vive? ¿Dónde hallarla? ¡El placer! ¡La alegría! Los he experimentado todos. ¡Germana es un ángel! ¡Ah! ¡Como las demás! Dispuesta á engañar, ligera y débil. Ya se verá.

No era de los que saben resistir á una tentación y privarse de satisfacerla. ¿Para qué servirían los millones, si fuese menester vivir como un cenobita ó un hombre desgraciado? Aquella sombrero era realmente de una hermosura prodigiosa. No había nadie como él para descubrir esas perlas ocultas. Sus amigos del Jokey rabiarían de envidia cuando la presentase en alguna fiesta.

Oyó un ruido ligero en el primer piso, y entornó los ojos; en una ventana vislumbró á Giuseppina entre las cortinas de brocatel, que le contemplaba con cariño—mezclado con un átomo de decepción—por su debilidad lánguida y su naturaleza nerviosa y decaída.

Lo que hubiese necesitado la hermosa morena italiana, de cutis dorado y ojos negros, era una constante y apasionada adoración.

Una sonrisa amarga salió de los labios de Rochebonne.

Tan guapa era la una como la otra; pero, entre

él y Giuseppina, la alianza era disparatada y desigual.

Cuando las cortinas cayeron sobre la ventana, se levantó, cogió su sombrero y sus guantes y salió al boulevard en busca de informes acerca del objeto que ocupaba su atención.

VII

IDILIO

Dos días después de estos sucesos, era domingo, y por lo tanto fiesta para los empleados de todas clases.

En esos días, las calles que rodean el Bazar de San Germán están desiertas; parece que se ha trasladado uno á un barrio de Londres ó á una ciudad muerta; al tumulto que reina allí durante la semana, sucede un silencio de claustro; las puertas de hierro de la tienda están cerradas; no se ven, á través de las grandes lunas de los escaparates, telas brillantes, ni en las aceras se instalan vendedores; todo está callado. Por la noche, alguna que otra luz sale por las ventanas de los tejados.

En las galerías desiertas, los muchachos y los bomberos de guardia se pasean, como guardias de Orden público aburridos, con las linternas en la mano, haciendo la ronda con una puntualidad militar; la libertad de los demás compañeros les hace parecer más triste la casa. El almacén, con

sus pesadas puertas y sus cerrojos echados, se asemeja á una prisión.

* Pero, aparte de estos prisioneros del deber, el enjambre de dependientes, de patronos, de inspectores y de señoritas se dirige hacia los bosques de Meudon, de Ermenonville, de Montmorency ó de Suresnes y de Saint-Cloud, para respirar el aire puro y perfumado de los campos.

La mañana en que el señor Perrolet esperaba á Germana en las Tullerías, y donde vió que Josselin le tomara la delantera, el cajero había dicho á la joven:

—Quiero hablar con usted; me ha hecho usted concebir la esperanza de que me escucharía; concédame el favor de pasar el domingo conmigo.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera, siempre que estemos solos, donde podamos explicarnos claramente y con libertad; le contaré mi historia; ya sé la de usted. Le diré mis proyectos; después decidirá usted de mi suerte. Si usted quiere, seremos amigos toda la vida.

—¿Pero no lo somos ya, Andrés?

—Pero no lo bastante.

Sus miradas suplicantes terminaron de explicar su pensamiento. Hacía mucho tiempo ya que se explicaba con demasiada vivacidad, y Germana lo había comprendido.

Ella le prometió acceder á lo que quería.

Además, un paseo por el campo con él, en día de vacación, no la comprometía á nada.

Después de todo, ella estaba indecisa. ¡Los ojos de Josselin la turbaban! Aquel muchacho moreno, de buena figura, á veces un poco triste, le interesaba. Ella sabía el afecto con que la dis-